
QUINTO SERMON.

Jesucristo en su vida pública, Maestro de la humanidad.

Unus est magister vester, Christus.
(Matth. XXIII, 8.)

EL Hijo de Dios, que tomó nuestra naturaleza para restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, quiso dar principio á su grande obra, presentándose como modelo del hombre en todos los estados de la vida. La razon es clara, Señores. El hombre habia sido criado á imagen de Dios: debia, pues, ser reformado á imagen del mismo Dios; y porque el pecado le habia hecho perder de vista á su divino original, quiso este hacérsele visible (1) y ponérsele delante, para que viéndole en la naturaleza humana que habia tomado, pudiera elevarse al conocimiento de la divina, que en ella se ocultaba (2).

(1) Suscepit hominem quem videre homines poterant, ut sancti per fidem postea viderent, quod tunc videre non poterant. (S. Aug., *de Gratia nov. Test.*, cap. 3.)

(2) Factum est Verbum caro, quam videre possemus, ut sanaretur in nobis unde Verbum videremus. (Id. *in Epist. I Joann.*, cap. 1, tract. 1.)

El hombre se habia acostumbrado á no fijarse sino en lo que afecta á los sentidos, y por ello el Verbo en su misericordia se le acerca tanto, que conversa con él, se hace como uno de nosotros, y da lugar á que el discípulo amado escriba en su primera carta: Os anunciamos al Verbo de vida, que fué desde el principio, que oimos, que vimos con nuestros ojos, que miramos de cerca y palpamos nuestras manos. Os anunciamos esta vida eterna que era en el Padre, y nos apareció á nosotros. Os anunciamos lo que vimos y oimos, para que tengais tambien sociedad con nosotros, y nuestra sociedad sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1).

Restablecer esta sociedad con el Padre, era la mision del restaurador universal, y los hombres llamados á ella pudieron decirle como el Apóstol Felipe: Señor, muéstranos al Padre; demanda que contesta Jesucristo, diciendo: ¿Tanto tiempo que estoy con vosotros, y todavía no me conocéis? Quien me ve á mí, ve á mi Padre, porque yo estoy en él, y él en mí (2): el Padre y yo somos una misma cosa (3). Nadie viene al Padre sino por mí, que soy el camino, la verdad y la vida (4).

El Verbo venia, en fin, á enseñar al hombre una doctrina que exige la abnegacion y el sacrificio, y era convenientísimo que al promulgarla se ofreciese á sí mismo como ejemplar práctico de lo que enseñaba, para poder decirle: Aprended de mí (5), os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (6); venid en se-

(1) I Joann. I, 1, 3.

(2) Id. XIV, 8, 9, 10.

(3) Id. X, 30.

(4) Id. XIV, 6.

(5) Matth. XI, 29.

(6) Joann. XIII, 15.

guimiento mio, renunciándoos á vosotros mismos (1), y estareis donde yo estoy (2). Por ello dice San Lucas: Jesus empezó á obrar y á enseñar (3). Fué el modelo y el maestro. Treinta años consagró á lo primero, y poco mas de tres reservó para lo segundo, porque su predicacion no habia de ser sino la enseñanza que se desprende de sus ejemplos, reducida á un cuerpo de doctrina. Nosotros le contemplamos ayer en su vida privada como modelo del género humano; considerémosle hoy en su vida pública como maestro, y único maestro de la humanidad.

PRIMERA PARTE.

Recordemos, Señores, las primeras palabras del Evangelio de San Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios. Todo fué hecho por él. En él mismo estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.... Era la luz verdadera, que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo no le conoció. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (4).

Criatura del Verbo es el hombre hecho á semejanza de Dios; y dotado en su alma de la vida, la inteligencia y el amor, aparece en la tierra como imágen de la Trinidad divina. El Verbo de Dios, en quien está la vida, y

-
- (1) Matth. XVI, 24.
 (2) Joann. XII, 26.
 (3) Act. Ap. I, 1.
 (4) Joann. 1.

que es la Sabiduría increada, la razon superior y la luz universal de los séres inteligentes (1), reflejó en el principio sus resplandores en la inteligencia del hombre, elevándole á una sabiduría excelentísima por el convencimiento de la verdad (2), que es el objeto de la inteligencia, puesto que esta es la facultad de conocer, y conocer es ver lo que es, es poseer la verdad. Feliz Adan si no hubiese apartado los ojos de esa luz verdadera, que brilla eternamente para iluminar á todos los hombres que vienen á este mundo: pero desvanecido por el orgullo que supo infiltrarle el espíritu tentador, quiso sustituir á esta emanacion de la ciencia divina, que penetrándole le hacia brillar como un cristal herido por los rayos del sol, otra ciencia que le fuese propia y le diese á manera de un verbo independiente de aquel por quien todo fué hecho. Quiso una ciencia adquirida mediante su rebellion contra Dios, y como resultado de darse á sí mismo una satisfaccion, usando de lo que Dios le habia prohibido, en señal de su dependencia del Criador. El insensato deseo de una ciencia que, sin venir de Dios, le hiciese como Dios, precipitó al hombre en el pecado, que le envolvió desde luego en las tinieblas de la ignorancia y del error.

Se abrirán vuestros ojos, le dijo el tentador, y sereis como Dioses que saben el bien y el mal (3). Con esta promesa lisonjera, la curiosidad se escita. ¿Será verdad lo que se me anuncia? Dice en su interior, y aspirando á la ciencia prometida, se resuelve á hacer la experiencia

(1) Rationales mentes, in quo genere homo factus est ad imaginem Dei, non habent veram lucem suam nisi ipsum Verbum Dei, per quod facta sunt omnia. (S. August., *de Gen. ad litt.*, lib. 5, cap. 10.)

(2) Eccli. XVII, 6.

(3) Gen. III, 5.

para arrancar su secreto al Eterno, y conocer lo que Dios en su bondad habia querido que ignorase. Esta experiencia fatal corrompió la razon del hombre y degradó su corazon, haciéndole perder á un tiempo la inocencia y la verdad. La incertidumbre, la duda y el error se apoderaron de su espíritu al tiempo mismo que todas sus inclinaciones propendieron al mal (1), y su inteligencia se habria abismado para siempre en las tinieblas, si Dios no se hubiese dignado dejar subsistir en ella algunos rayos de su verdad, de su Verbo, que constituyen la débil claridad que llamamos razon natural, y no le hubiese añadido en su misericordia la revelacion de lo que preparaba para restaurar la humanidad.

El Verbo de Dios, desde lo alto de los cielos es la fuente de la sabiduría, y sus caminos son los mandamientos eternos (2). El hombre, en la locura de su prevaricacion exclamó: Apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (3); y creyó poder por sí mismo gobernarse en todas las cosas, discerniendo el bien y el mal para llegar á conseguir felicidad cumplida como si fuese Dios, y de nadie, ni aun de su Criador necesitase. Esta aberracion, separándole de Dios y de la luz del Verbo como un astro salido de su órbita, le hizo caer sobre sí mismo, dice San Agustin, y desde allí á descender al nivel de las demás criaturas, poniendo su amor en lo que halaga á las bestias (4). El alma quedó como sepultada

(1) Gen. VI, 5.—VIII, 21.

(2) Eccli. I, 5.

(3) Job. XXI, 14.

(4) Cupiditate experiendæ potestatis suæ, quodam nutu suo ad se ipsum tanquam ad medium prouit. Ita cum vult esse sicut ille sub nullo, ab ipsa sua medietate pœnaliter ad ima propellitur, id est, ad ea quibus pecora lætantur. (S. August., *de Trinit.*, lib. 12, cap. 11.)

en la carne (1), y con este nombre mereció que la designase al hombre el mismo Dios que le habia criado á su imágen. No permanecerá mi espíritu en el hombre, dice el Señor, porque es carne (2). Toda carne ha corrompido sus caminos (3). El hombre, elevado á un grande honor, no lo entendió; ha sido comparado á las bestias insensatas y se ha hecho semejante á ellas (4).

Desde entonces el género humano, sumergiéndose cada dia mas en el abismo de las tinieblas, porque cada dia se entregaba mas á los sentidos y á cuantos objetos halagan á estos, á semejanza de la fruta vedada que pareció hermosa á la primera mujer, no comprendia las cosas de Dios y del espíritu, como dice San Pablo (5), y aun aquellos que, llamándose sábios y filósofos, por la contemplacion de lo criado podian elevarse al conocimiento de Dios, de su poder y su divinidad, arrastrados por el amor de la materia, no le glorificaban como Dios, y mudaban la verdad de él en mentira, adorando y sirviendo á la criatura mas que al Criador (6).

Sereis como Dioses que saben el bien y el mal (7). Cuando al eco de esta palabra, que se reproduce sin cesar á los oidos del hombre, rechaza éste la luz de Dios como el sosten y el complemento necesario á la nuestra, es porque cree que no la necesita, que le basta su luz propia, y que por lo mismo ella puede revelárselo todo, dándole idea verdadera de cuanto le interesa saber para

(1) Anima cum carnalia bona appetit caro nominatur. (Id., *de Fide et Symbol.*, cap. 10.)

(2) Gen. VI, 3.

(3) Id. id., 12.

(4) Psalm. XLVIII, 13.

(5) I Cor. II, 14.

(6) Rom. I, 19 et seq.

(7) Gen. III, 5.

ordenar su vida y conseguir el fin de su existencia. Lo que interesa saber, lo que es necesario poseer para esta ordenacion, es la idea de Dios, del hombre, de su destino, y de los medios de alcanzarlo. Para obtener esta ciencia, el que se aparta de Dios, y cierra sus ojos á la luz del Verbo, no tiene sino la materia representada en el árbol de la ciencia del bien y del mal, y los sentidos por los cuales entra en relacion con ella. De aquí que el hombre lo materializó todo. Desconociendo al Dios verdadero, inventó dioses materiales, hasta adorar las criaturas mas viles. Buscó su felicidad en la satisfaccion de sus apetitos, en el deleite de los sentidos, y no vivió sino para la tierra. De aquí la corrupcion degradante de los pueblos antiguos, cuya pintura hace San Pablo en su carta á los Romanos (1), que no pueden repetirse, porque escandalizarian á los oídos menos timoratos, hasta el punto que la creyéramos imposible y fabulosa á no estar consignada en tantos documentos de la historia.

En medio de esas tinieblas de error, de ignorancia y de corrupcion que privaron al hombre del conocimiento y del gusto de Dios, conservó sin embargo la capacidad y la necesidad de conocerle y de gustarle, dando origen á esa sed devoradora, aunque sin objeto determinado, de verdad y de amor que le atormenta incesantemente, y que le mueve á atormentar á su vez á todos los demás seres finitos como él para obtener una felicidad infinita, que es imposible logre de ellos, y en lugar de la cual no encuentra sino la inquietud, el desórden, la degradacion, los trabajos, y el dolor desesperante que hace salir de todos los ángulos de la tierra la lastimera queja del profeta Rey: Mis lágrimas fueron para mí panes de día y

(1) Rom. I.

de noche, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? (1) y que arrancó un día al génio de San Agustin aquella exclamacion: *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te* (2).

En vano la filosofía antigua hizo multiplicados esfuerzos para sacar á la humanidad de este laberinto: cada una de sus sectas ó escuelas presumió encontrar una salida: cada una procuró descubrir el bien soberano y descifrar los misterios que á él se refieren. Su trabajo fué inútil, y, lejos de conducir á la humanidad al fin propuesto, la alejaba mas y mas de él. Todas tenian por punto de partida al hombre, al yo humano, causa del extravío, y á él como último término se dirigian todas, haciéndole caer en sí mismo, como dice San Agustin (3), y abismándole cada día mas en las tinieblas de la duda y del error, que le ponian á merced de sus pasiones, única regla de su vida.

Reconocian y confesaban esta impotencia los filósofos, y proclamaban la necesidad de un maestro divino que restaurase las ruinas de la inteligencia, y enseñase á los hombres la verdad, cuyos resplandores los guiasen para levantarse sobre sí mismos y conseguir el bien soberano. Estas confesiones encontramos en Ciceron, que escribia: En la inteligencia del hombre no hay sino restos de no sé qué fuego divino de inteligencia y de espíritu (4); en Séneca, que exclamaba: Cuán vil y abyecto es el hombre

(1) Psalm. XLI, 4.

(2) S. August., *lib. I. Conf.*, cap. 1.

(3) Quodam nutu suo ad se ipsum tanquam ad medium proruit (S. August., *de Trinit. lib. 12, cap. 11.*) Est in homine horrenda quædam profunditas ignorantia, ex qua omnis error existit, qui omnes filios Adam tenebroso quodam sinu suscipit. (Id. *de Civit. Dei*, lib. 22, cap. 22.)

(4) Tanquam obrutus quidam divinus ignis ingenii et mentis. (*Cic. de Rep.*, lib. 2.)

si no se levanta sobre la humanidad (1); en Platon, de quien son estas palabras: Es preciso que sobre estos restos de verdad que nos quedan, como sobre una frágil barquilla, pasemos el mar tempestuoso de esta vida, á ménos que se nos proporcione un medio mas seguro, como, por ejemplo, alguna promesa divina, alguna revelacion, que será para nosotros un navío que no temerá las tempestades (2); y en Sócrates, que repetia: Todo lo que sé consiste en saber que no sé nada. Si Dios no os envia alguno que os enseñe de su parte, inútiles serán cuantos esfuerzos se hagan para reformar las costumbres de los hombres. Es preciso esperar, que vendrá alguno á enseñarnos cómo debemos portarnos relativamente á los Dioses y á los hombres (3). Invocamos, añadia Platon, al Dios Salvador, para que por medio de una enseñanza extraordinaria y maravillosa nos salve, instruyéndonos en la verdadera doctrina (4). Rogad al Dios del universo, autor de cuanto existe y existirá, rogad á su Padre y Señor, que se nos dé á conocer cuanto sea posible á los hombres (5).

¿Quién no ve, Señores, en estas confesiones una prueba evidente de que la luz del Verbo brillaba aún entre las tinieblas, aunque estas no la comprendian? (6) ¿Quién no descubre el eco de las tradiciones primitivas, que á la vez que recordaban la fatal caída, mantenian la esperanza de la restauracion anunciada en el paraiso?

Este anuncio una y cien veces repetido, y la espe-

(1) Montaigne, *Essais*, lib. 2, c. 12.

(2) Platon, *in Phæd.*

(3) Id., *Apolog. Socratis.*

(4) Id., *Timæo.*

(5) Id., *Epist. 6.*

(6) Joann. I, 5.

ranza en él fundada, los vemos claramente en los libros santos, tesoro inapreciable de luz del Verbo comunicada al pueblo de las promesas, y que brilla como antorcha en lugar tenebroso (1). Moisés anuncia en nombre de Dios la venida del gran Profeta, que será el maestro de la humanidad (2). Isaías, repitiendo la promesa, dice al pueblo: En adelante no se alejará de ti tu Doctor, y tus ojos estarán viendo á tu preceptor, y tus orejas oirán la palabra del que te dirá amonestando: Este es el camino, andad en él, y no torzais á la derecha ni á la izquierda (3). Contemplando como realizada ya la promesa divina, exclama: El pueblo que andaba en tinieblas vió una grande luz; á los que moraban en la region de la sombra de la muerte, les nació la luz (4). Lleno del espíritu de Dios exclama tambien Baruch: ¿Quién subió al cielo, y tomó la sabiduría y la hizo descender de lo alto de las nubes? El que lo sabe todo, la conoce. Este es nuestro Dios, el que ha encontrado todos los caminos de la verdadera ciencia, y la ha dado á Jacob su siervo, y á Israel su amado, y despues de esto se ha dejado ver en la tierra y ha conversado con los hombres (5).

Estos son los anuncios, Señores: ved la realizacion. Por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, canta Zacarías, nos ha visitado viniendo de lo alto para iluminar á los que están sentados en las tinieblas y sombras de la muerte, para dirigir nuestros pasos en el camino de la paz y la felicidad (6). El Verbo que estaba

(1) II Petri I, 19.

(2) Deut. XVIII, 15.

(3) Isai. XXX, 20.

(4) Id. IX, 2.

(5) Baruch. III, 29, 38.

(6) Luc. I, 78, 79.

en Dios y era Dios, el Verbo, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, que estaba en el mundo, y el mundo no le conocia, se hizo carne, y habitó con nosotros, y vimos su gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, de cuya plenitud recibimos todos (1).

De ese Verbo, que se hizo carne, y es Jesucristo Dios y hombre, nos dice San Pablo: En él se propuso el Padre restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (2); por él nos llena de todas las riquezas de la plenitud de la inteligencia, para conocer el misterio de Dios Padre y de Jesucristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (3). En otro tiempo, para mantener la fe en sus promesas, habló Dios á nuestros padres por medio de los profetas; pero en los últimos tiempos nos ha hablado á nosotros por medio de su Hijo, á quien ha constituido heredero de todas las cosas, por quien hizo los siglos (4).

El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y le vimos lleno de gracia y de verdad. ¿Por qué, Señores, la Sabiduría eterna viene á la tierra hecha carne? Recordadlo. El hombre, separándose de Dios, cayó sobre sí mismo y se hizo carnal. El alma quedó degradada con los vicios de la carne, que la sumergieron en las tinieblas, porque tinieblas son, dice San Agustín, los hombres cuya inteligencia está cegada con las malas pasiones. Para curarle, para sanar al hombre carnal, el Verbo, por quien todo fué hecho, se hizo carne y habitó con

- (1) Joann. I.
 (2) Ephes. I, 10.
 (3) Colos. II, 3.
 (4) Hebr. I, 1, 2.

nosotros (1). Descendió al nivel del hombre, para que este pudiese levantarse hasta Dios (2), y comunicándosele de esta manera, le lleva suavemente de la carne al espíritu, de lo visible á lo invisible, de las tinieblas á la luz, como nos dice la Santa Iglesia en su liturgia. «Por el misterio del Verbo Encarnado ha brillado nueva luz de tu claridad á los ojos de nuestra alma, para que conociendo visiblemente á Dios, nos sintamos por él arrebatados al amor de lo invisible.» (3) ¡Admirable dignacion, hermanos! Con razon exclama el anciano Zacarías: Bendito el Dios de Israel, que ha visitado y obrado la redencion de su pueblo (4).

Ved por qué dice Jesucristo: Yo soy el camino que conduce al Padre (5); yo la luz; he venido al mundo, para que los que creen en mí no permanezcan en tinieblas (6). Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (7). Hé venido para dar testimonio de la verdad (8), y yo soy la verdad misma (9). Yo soy el principio de todas las cosas, que hablo con vosotros (10). Yo, el mismo que os

(1) Tenebræ sunt hominum mentes pravæ, cupiditate ac infidelitate cæcatæ. Has ut curaret atque sanaret Verbum, per quod facta sunt omnia, caro factum est et habitavit in nobis. (S. August. *de Trinit.*, lib. 4, c. 2.)

(2) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus. (S. August., *Serm.* 9 *de Nativ. Domini.*)

(3) Quia per incarnati Verbi mysterium nova mentis nostræ oculis lux tuæ claritatis infulsit, ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur. (*Præfat. in Nativ. Domini.*)

- (4) Luc. I, 68.
 (5) Joann. XIV, 6.
 (6) Id. XII, 46.
 (7) Id. VIII, 12.
 (8) Id. XVIII, 37.
 (9) Id. XIV, 6.
 (10) Id. VIII, 25.

hablaba al principio, héme aquí presente (1), que he venido á buscar y salvar lo que habia perecido (2), para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (3). Vosotros me llamais Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy (4). No queráis llamar maestros á muchos, puesto que uno solo es vuestro Maestro, el Cristo (5).

Reconozcamos, pues, Señores, en Jesucristo al enviado de Dios que esperaban todos los pueblos, y ya que tenemos la dicha de llamarnos discípulos suyos, escuchemos sus palabras, aprendamos su doctrina, repitiendo con Nicodemus: Sabemos que has venido como maestro (6): háblanos, porque tienes palabras de vida eterna (7).

SEGUNDA PARTE.

En el día que el Verbo Encarnado se dignó esperar junto al pozo de Sichem á la Samaritana, en quien los Santos Padres consideran representada la humanidad, buscando en las criaturas el agua que apagase la abrasadora sed de goces y felicidad que siente el corazón, y á quien las palabras de Jesús inspiraron el deseo ardiente de un medio más eficaz de satisfacer su necesidad, á la vez que le descubrieron los desórdenes y la corrupción

- (1) Isai. LII, 6.
 (2) Luc. XIX, 10.
 (3) Joann. X, 10.
 (4) Id. XIII, 13.
 (5) Matth. XXIII, 8.
 (6) Joan. III, 2.
 (7) Id. VI, 69.

de su vida, salió de los labios de aquella mujer afortunada, una palabra que era expresión de la fe y de la esperanza del género humano, ansioso de levantarse de la postración de la ignorancia del soberano bien, y de los vicios que de él le alejaban. «Sé que viene el Mesías que se llama el Cristo, y cuando él venga, nos enseñará todas las cosas.» A esta palabra, que descubría los sentimientos del corazón, respondió bondadosamente Jesucristo: Yo soy, que hablo contigo (1).

Y Jesucristo, Señores, Mesías que venia á enseñarnos todas las cosas, y habló á la Samaritana, habló también á Nicodemus y á sus Apóstoles, y á innumerables turbas que le seguían, ansiosas de oír su doctrina, y lo hizo en las aldeas y en las ciudades, en el templo y en el desierto, en el mar y en los montes, y delante de sus perseguidores como en presencia de sus discípulos, diciendo que habia venido á dar testimonio de la verdad (2), y que habia sido enviado por el Padre para evangelizar el reino de Dios (3). Su palabra no es la del filósofo, que raciocina y discute; es la palabra de la verdad que se digna hablar á los hombres; es la verdad que se impone á todos con la luz que difunde y con la fuerza que la acompaña, y que sorprende y subyuga á los que sin prevención orgullosa la escuchan, porque sale de los labios del Verbo encarnado, que enseña como quien tiene potestad para ello, según la sublime frase del Evangelio (4).

¿Y quién la tiene sino Jesucristo, que es la palabra sustancial de Dios, la razón de todas las cosas, la luz y

- (1) Joann. IV, 25, 26.
 (2) Id. XVIII, 37.
 (3) Luc. IV, 43.
 (4) Matth. VII, 29.